Francisco Garzón Céspedes

Le pido permiso para bailar con su osa

Cuentos de humor de las tradiciones orales vueltos a contar

Universidad de San Buenaventura
Cali

Le pido permiso para bailar con su osa.
Cuentos de humor de las tradiciones orales vueltos a contar

UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI

LE PIDO PERMISO PARA BAILAR CON SU OSA

CUENTOS DE HUMOR DE LAS TRADICIONES ORALES VUELTOS A CONTAR

FRANCISCO GARZÓN CÉSPEDES

2016

Garzón Céspedes, Francisco

Le pido permiso para bailar con su osa. Cuentos de humor de las tradiciones orales vueltos a contar / Francisco Garzón Céspedes.--Cali : Editorial Bonaventuriana, 2016

71 p.
ISBN: 978-958-8785-82-0

1. Cuentos colombianos 2. Cuentos de tradición oral 3. Narración de cuentos 4. Literatura colombiana 5. Humor en la literatura 6. Cuentos infantiles – Aspectos socioculturales 7. Cuentos vallecaucanos 8. Cuentos populares 9. Literatura juvenil I. Tít.

863.7
(D 23)
G751v

© Universidad de San Buenaventura Cali
Editorial Bonaventuriana

Le pido permiso para bailar con su osa.
Cuentos de humor de las tradiciones orales vueltos a contar
© **Autor:** Francisco Garzón Céspedes

Universidad de San Buenaventura Colombia

© Editorial Bonaventuriana, 2016
Universidad de San Buenaventura
Dirección Editorial de Cali
Calle 117 No. 11 A 62
PBX: 57 (1) 520 02 99 - 57 (2) 318 22 00 – 488 22 22
e-mail: editorial.bonaventuriana@usb.edu.co
www.editorialbonaventuriana.edu.co
Colombia, Suramérica

Todos los derechos reservados.
Inscripto en el registro general de la propiedad intelectual de España
© Francisco Garzón Céspedes / Calle Illescas, 36, 7º — 2, 28024 Madrid
Teléfono: (34) 91 509 96 73. Correo electrónico: ciinoe@hotmail.com

El autor es responsable del contenido de la presente obra.
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial Bonaventuriana.
© Derechos reservados de la Universidad de San Buenaventura.

Coordinador Editorial Bonaventuriana : Claudio Valencia Estrada
Diseño y diagramación: Carlos Cárdenas

ISBN: 978-958-8785-82-0
Libro digital.
Cumplido el depósito legal (ley 44 de 1993, decreto 460 de 1995 y decreto 358 de 2000) 2016.

Libro estructurado como homenaje a la Universidad de San Buenaventura Cali –de la que me siento parte– y celebración de nuestra colaboración de tantos años en pos de la utilidad de estas historias para la comunidad universitaria.

Francisco Garzón Céspedes

(Cuba, 1947/España. Doble nacionalidad)

Escritor, comunicólogo, hombre de la oralidad y la escena. Académico de la Academia de las Artes Escénicas de España. Miembro de la SGAE, la Asociación Colegial de Escritores (ACE), la Asociación de Autores Teatrales (AAT-CEDRO). Reside en Madrid y ha trabajado en Colombia y en diversos países. Creador de la narración oral escénica y del Sistema Modular de Creación. Fundador y Director General de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (Ciinoe) y sus eventos en tres continentes, y de Ediciones Comoartes.

Miembro del Comité Internacional Celcit. Colaborador de la Universidad de San Buenaventura Cali. Cuarenta y nueve libros impresos con más de medio millón de ejemplares difundidos, a lo que se suman las ediciones digitales. Ha sido condecorado gubernamentalmente con la Distinción por la Cultura Nacional y obtenido entre otros el Premio Iberoamericano de Teatro *Ollantay*", y los estatales Premio Nacional de la Crítica *La Rosa Blanca*, Premio Nacional de Dramaturgia (Uneac) y Premio Nacional de Relato Histórico *La Edad de Oro*. En el 2015 su dramaturgia fue elegida por jurados en dos convocatorias: una de la SGAE y otra de la AAT. Ha participado oficialmente en más de cien eventos internacionales de primer nivel y en aquellos que ha fundado desde la Ciinoe.

Presentación

La mayoría de estas historias son narraciones de lo más ingenioso del humor popular, que he vuelto a crear como textos literarios y he reunido junto a otros cuatro cuentos que surgieron directamente de mi propia creación, pero que constituyen dimensiones de zonas que pertenecen al humor popular. La mayoría de los cuentos incluidos en este libro son contados oralmente desde hace tiempo y seguirán siendo contados porque su eficacia y capacidad para divertir y para hacer pensar, resultan siempre contemporáneas.

De la mayoría de estos cuentos existen numerosas versiones en la tradición oral y en la oralidad cotidiana de diversos países. Versiones vivas en el aquí y el ahora con los interlocutores, que se van adecuando y actualizando –si es necesario– e incluyen hechos de la realidad y los modos como se comunica esa realidad allí donde son contados. Este libro podría llamarse también *Cuentos de humor de las tradiciones orales vueltos a contar*, por lo mucho que tiene que ver su contenido con la reinvención de las tradiciones orales, aunque es una reinvención que a veces es invención y en aquellos de creación literaria invención total.

Se trata, en gran medida de cuentos orales vueltos a contar, primero de manera oral y ahora en este libro literariamente. De las series de este libro algunas las he inventado como tales, y para integrarlas he partido de cuentos orales ya existentes, como es el caso de la serie "Cuentos de sabios y elefantes". Varias de las narraciones son arquetipos que he construido, contado oralmente y reinventado a partir de una búsqueda exhaustiva y el conocimiento de hasta cinco versiones de un mismo cuento tomadas de la tradición oral de diferentes países.

Los cuatro cuentos que han surgido directamente de mi creación literaria los he escrito para ser disfrutados como literatura, pero también para ser contados como oralidad. Es un libro en estrecha relación con la tradición oral, la oralidad cotidiana y la oralidad artística y un homenaje a la oralidad popular y a los cuenteros familiares y comunitarios de todos los tiempos y a su extraordinario, desaforado y libre humor que nos hace mejores.

CUENTOS DE HOLGAZANERÍA Y OTRAS "CUALIDADES"

Los tres hermanos holgazanes[1]

Había una vez tres hermanos que eran los hombres más holgazanes del mundo. Un día, después de comer, los tres hermanos se acostaron a dormir debajo de una inmensa mata de guayaba.

Y durmieron y durmieron y durmieron.

Cuando el primero de los hermanos despertó, tocando con el codo al segundo, le dijo:

—Hermano, ¿no sería maravilloso que las guayabas cayeran directamente de la mata a la boca?

A lo que el segundo de los hermanos respondió:

—No, hermano. Lo que sería maravilloso es que alguien nos pusiera las guayabas directamente en la boca.

En eso, el tercero de los hermanos se despertó y manifestó con disgusto:

—Pero, hermanos, ¿no os cansáis de hablar tanto?

---

1. La fuente original anónima de la versión reescrita es de la tradición oral rusa, aunque el autor la conoció en Iberoamérica, al igual que otras que ha vuelto a contar en este volumen y que le llegaron del Caribe, de Centroamérica y de América del Sur. También hay varias en México. Muchas de las fuentes anónimas tomadas por el autor como punto de partida son de procedencia oral de las culturas indígenas de América y otras son españolas. Unas y otras compiladas de inicio en un trabajo de campo llevado a cabo por años y de país en país fundamentalmente con cuenteros indígenas y campesinos y urbanos. Cuando se crea conocer la procedencia de la fuente oral y esta no sea iberoamericana, se indicará.

Los tres hermanos holgazanes y el venado

Había una vez tres hermanos que eran los hombres más holgazanes del mundo. Un día se vieron obligados a cargar un venado hasta una casa en la cima de una colina.

Avanzaban a duras penas y con mucho desgano, cuando el primero de ellos hermanos le dijo al segundo:

—Mientras nosotros descansamos sube hasta esa casa a ver si encuentras a alguien que nos ayude a cargar el venado.

Entonces, el segundo de los hermanos le expresó al tercero:

—Mejor sube tú, que eres el más joven.

Y el tercero, pensando que podría echarse un sueñecito sin los ronquidos de sus hermanos, aceptó.

Tardó mucho en regresar y cuando regresó dijo:

—Tengo dos noticias…

—¡La buena! ¡La buena! —exclamaron sus hermanos.

—La buena es que hasta esa casa solo falta por subir la mitad del camino. Y la…

—¡No, la mala no, qué pereza! ¡Ya nos enteraremos!

El tercero de los hermanos, que se cansaba tan solo de hablar, calló.

Y siguieron los tres cargando el venado a duras penas y con mucho desgano. Cuando por fin arribaron a la cima, de aquella casa no hubo quién saliera a recibirlos.

El tercer hermano al sentirse mirado por los otros dos, precisó:

—La mala es que nos equivocamos de colina.

Holgazán, pero de buen corazón

Había una vez un hombre que era tan holgazán como el más holgazán de todos los holgazanes.

Un día su mujer le recriminó:

—¿Por qué te vas de casa cuando hay que partir la leña? Y el hombre holgazán le respondió:

—¡Mujer, mujer, mujer!.. ya sabes que tengo un corazón de oro puro y me duele si me quedo a ver cómo trabajas.

Holgazán, pero con vergüenza

Había una vez un hombre que aunque era muy, pero muy, pero muy holgazán, se negaba a reconocerlo.

Sin embargo, tal vez al hombre le quedaba un resto de vergüenza. Un día su mujer, viéndolo de brazos cruzados y con la mirada perdida en el vacío, le regañó:

–¡Pero, hombre, nuevamente soñando! Y el hombre holgazán le explicó:

–Mujer, mujer, mujer... es que no me gusta estar sin hacer nada.

Holgazán, pero con dignidad

Había una vez un hombre al que ningún otro hombre le ganaba en holgazanería. Un día su mujer, desesperada, le exigió:

–¿Por qué no trabajas para ganar algún dinero?

Y el hombre holgazán, muy ofendido, le replicó exaltado:

–¿Trabajar? De ningún modo, mujer, de ningún modo. ¡Yo tengo dignidad!

¿Crees que soy de esos que hacen cualquier cosa por dinero?

Los tres hermanos jactanciosos[2]

Había una vez tres hermanos que eran los hombres más jactanciosos del mundo.

Una noche, después de cenar poco y nada, los tres hermanos jactanciosos se pusieron a hablar entre sí para distraer el hambre.

El primero de los hermanos dijo:

—Yo, cuando me encuentro con un oso que camina por donde camino, no me aparto ni una pisada.

El segundo de los hermanos precisó:

—Pues yo, cuando me encuentro con un oso, lo miro fijamente a los ojos, lo hipnotizo e hipnotizado lo llevo conmigo para amaestrarlo.

El tercero escuchaba sin intención aparente de abrir la boca.

El primero y el segundo ante tanto y tan desacostumbrado silencio, le preguntaron al unísono:

—¿Y tú? ¿Tú qué haces cuando te encuentras con un oso? Y el tercero de los hermanos rompiendo su silencio dijo:

—Yo, cuando me encuentro con un oso, me aseguro de que es un oso y solo le pido permiso para bailar con su osa.

---

2. La procedencia de este cuento no es la tradición oral sino directamente de la invención del autor. Una invención inspirada en fórmulas establecidas por la tradición oral y creada para rendir homenaje a los cuenteros familiares o comunitarios y a sus cuentos caricaturescos encaminados a evidenciar y a criticar los defectos humanos.

La misma fuerza que en la juventud[3]

Había una vez un hombre que era tan jactancioso como el más jactancioso de todos los jactanciosos y así había llegado a la vejez.

Un día, este hombre le dijo a su amigo de la infancia:

—Lo cierto es que conservo hasta hoy toda la fuerza que tenía en mi juventud.

—¡No me digas! —exclamó su amigo— y como lo conocía muy bien le preguntó

—¿Y cómo puedes demostrar que es cierto?

—¿Ves la vieja piedra molar que está junto al molino?

—No vas a decirme que puedes moverla —comentó el amigo con escepticismo.

—Más que eso, más que eso. Es la prueba indiscutible de que conservo toda mi fuerza —respondió el hombre jactancioso—. En mi juventud no pude moverla de su sitio y ahora... tampoco.

---

3. La fuente original anónima es de la tradición oral rusa.

Una oportunidad única

Había una vez un hombre muy, pero que muy, pero que muy jactancioso, que pregonaba continuamente ser un gran conocedor en todo lo que tenía que ver con leones.

Un día, su mejor amigo pidió al hombre que lo llevara a cazar leones.

El amigo insistió e insistió en su petición hasta que allá se fueron, a buscar un león.

Luego de mucho andar por el desierto, detrás de una duna descubrieron las huellas de un león.

Sin esperar un segundo, el hombre jactancioso, el que pregonaba todo el tiempo lo mucho que conocía de leones y los muchos leones que había cazado, dijo a su amigo:

–¡He aquí una oportunidad única…! Sigue tú las huellas que parten hacia el oeste para saber adónde se encamina el león, y yo seguiré las huellas que llegan desde el este para saber de dónde viene.

El joven y la caza[4]

Había una vez un joven, muy joven, que escopeta en mano, salió una noche por primera vez a cazar liebres a la luz de la Luna.

Antes de salir pregonó frente a su familia reunida que regresaría con el zurrón lleno de apetitosas liebres.

Por la mañana, el joven regresó con el zurrón vacío y explicó a sus familiares:

—La Luna era inmensa y me permitía ver con mucha claridad las liebres. Pero cada vez que veía a una liebre, el corazón comenzaba a latirme con tanto ruido que la liebre lo oía y ponía pies en polvorosa.

4. La fuente original anónima es de la tradición oral rusa.

Callar y escuchar

Había una vez un hombre que era el hombre más hablador del mundo, hablaba todo el tiempo, hablaba demasiado y sin sustancia.

Era un hombre que solo pensaba en sí mismo y en lo que quería decir, y que lo

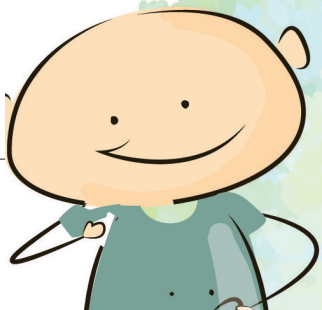
único que prodigaba eran tontas habladurías.

Un amigo de la infancia, que llevaba años soportándolo, un día lo interrumpió y le dijo:

—¡Nunca has aprendido que saber callar y escuchar a otro es una virtud! No en balde el ser humano tiene dos orejas y una sola lengua. ¡Una gran virtud!

—¡Una gran virtud! —repitió el hombre egoísta y hablador— y rápidamente añadió:

—Déjame decirte que virtudes son lo que le falta a…



Ni una sola respuesta

Había una vez un hombre que era tan hablador como el más hablador de todos los habladores, hablaba sin parar.

El hombre hablador vivía en una región donde todos, cuando hablaban, hablaban también mucho con las manos.

Una noche, en que hacía un frío capaz de congelar las palabras en el aire, el hombre hablador caminaba con un amigo.

El hablador hablaba y hablaba sin cansancio. Hablaba tanto con la voz como con las manos. Y hablaba sin interrupciones, porque el amigo no decía nada, ni con la voz, ni con las manos.

Al hombre hablador no solía importarle demasiado que los otros hablaran. Pero como llevaban mucho rato caminando y su amigo no había hecho un solo comentario acerca de lo que escuchaba, ni tampoco había contestado una sola de sus preguntas ni hecho un solo ademán para participar, el hablador comenzó a sentirse ignorado. Se puso furioso y reclamó:

—¿Qué te ocurre? ¡Te hablo y te hablo y no me das ni una sola respuesta! ¡Ni siquiera un ademán! ¿Tienes algún rencor contra mí? ¿Alguna mala opinión?

—No tengo nada contra ti, nos conocemos desde la infancia —respondió el amigo—. Pero seguramente comprenderás que con este frío de los diez mil demonios y sin guantes, no puedo sacar las manos de los bolsillos.

El salchichón compartido[5]

Había una vez un padre muy tacaño que tenía dos hijos que crecían aprendiendo las lecciones de tacañería de su padre. Un día el padre llegó a la casa con un salchichón. Al encontrar a uno de sus dos hijos, el padre le entregó el salchichón diciéndole:

—Hijo mío, comparte este salchichón con tu hermano, que la alegría compartida es doble alegría.

El hijo miró al padre de arriba abajo y le respondió:

—Sí, padre. La alegría compartida será doble alegría, pero el salchichón compartido es medio salchichón.

---

5. La fuente original anónima es de la tradición oral rusa.

Unas deudas sí y otras deudas no

Había una vez una mujer que durante toda su vida había ido de la tacañería a la avaricia.

Un día, de pronto, su marido cayó enfermo, gravemente enfermo, y toda la familia y los vecinos se reunieron en torno al lecho de muerte.

La mujer, entonces, le preguntó al marido:

—¿Quién nos debe dinero, amado esposo?

—El vecino de la derecha... nos debe... una moneda de oro —respondió el marido con mucho esfuerzo.

—¡Qué maravilla! —exclamó la mujer—. ¡Está lúcido! ¿Quién más nos debe algún dinero? —volvió a preguntar.

—El vecino de la izquierda... desde hace tiempo… también nos debe... una moneda de oro —respondió el marido aún con mayor esfuerzo.

—¡Nada está perdido! —exclamó la mujer acariciándole al marido la frente—¡Está muy lúcido! ¡Puede salvarse!

—Pero debo decirte... —musitó el marido— que le debemos... tres monedas de oro al mercader... y que le debemos...

Y la mujer, apartando de un tirón su mano de la frente del marido y poniéndosela sobre la boca para callarlo, exclamó horrorizada:

—¡Se muere! ¡Está delirando!

El oro no lo es todo

Había una vez un padre muy avaro que tenía dos hijos. El padre, agonizante, hizo venir a sus dos hijos frente a su lecho de muerte y lleno por primera vez en mucho tiempo de buenas intenciones, les dijo:

—Hijos de mi corazón, no olviden que en la vida el oro no lo es todo...

—Sí, padre, no se preocupe —dijo uno de los hijos—, cuidaremos la fortuna, ya sabemos que también...

Y el otro hijo, interrumpiendo a su hermano, pero formado en la filosofía familiar, concluyó:

—Que también existe la plata y existen los diamantes.

CUENTOS DE HIJOS Y PADRES

El niño y la sed

Un niño de pocos años vivía con su familia, una familia muy caótica donde cada cual acostumbraba a salirse con la suya.

Un día el niño, llorando, dijo a su madre que tenía sed.

La familia antes había demorado un tiempo considerablemente largo en estar lista para salir de la casa, y transcurridos solo diez minutos de la partida fue cuando el más pequeño, por primera vez, dijo llorando que tenía sed.

Como la madre fingió no oírlo, el niño lloró aún más fuerte y repitió más alto que tenía sed. La madre intentó calmarlo, pero durante toda la hora siguiente el niño continuó con su doloroso lamento. Tan persistente parecía ser su sed que la madre se desvió del camino previsto para que el niño pudiera calmarla.

En el mercado, la madre indagó qué era lo que el niño deseaba: ¿Acaso agua?,

¿acaso leche?, ¿acaso zumo?

Y el niño, que había dejado de llorar, preguntó:

—¿Podría… podría comerme un dulce?

EL NIÑO Y LA REBANADA DE PAN

Un niño, de pocos años, vivía con su familia; una familia donde todos los adultos eran muy glotones.

Un día el niño llegó ante su madre y le pidió una rebanada de pan. La madre le dio la rebanada. Y el niño empezó a comerla.

Pero el niño, mientras más comía el pan, más lloraba.

–¿Por qué lloras si te he dado una rebanada bien grande? –preguntó la madre. Y el niño respondió:

–Por eso lloro, porque cada vez se hace más pequeña.

EL NIÑO Y EL CACHORRO[6]

Un niño, de pocos años, vivía con su familia; una familia donde todos los adultos acostumbraban a hacer su voluntad.

Un día, el niño llegó ante su madre zarandeando un cachorro de perro.

La madre, temerosa de que el cachorro mordiera al niño, se lo quitó de entre las manos.

Y el niño comenzó a llorar a más y mejor, a grito limpio.

Ya estaba la madre desesperada por tanto escándalo y a punto de devolver el cachorro al niño, cuando de repente este detuvo en seco sus gritos y comenzó a comer una galleta.

—¡Suerte que te callas, querido! —exclamó la madre.

Y el niño, dejando por un instante de ocuparse de la galleta, respondió:

—¡No, no! ¡Solo tomo un descanso!

6. La fuente original anónima es de la tradición oral rusa.

El niño y las dos noticias importantes

Un padre, desesperado por la falta de interés de su hijo por aprender a leer, un día, luego de mucho tiempo sin desear enterarse, cuando el niño regresó de las lecciones lo llamó a su presencia y le preguntó:

—¿Cuáles son las noticias, hijo mío? Porque espero que esta vez haya alguna noticia.

El niño dudó por un momento, alzó los ojos al cielo y dijo con firmeza:

—Sí, padre. Hay dos noticias importantes.

—¿Dos noticias? Y son... ¿malas noticias? ¿Malas las dos?

—No, padre. Una noticia es buena y la otra es mala. ¿Cuál digo primero?

—Bueno, digamos que la primera noticia sea la buena.

—La primera noticia es que ya sé leer.

—¡Por fin! ¡Eso es maravilloso, hijo mío! Dime, ¿qué deseas en premio?

—Padre, es que falta la segunda noticia.

—¿Y cuál es la segunda, hijo?

—La segunda noticia, la mala, es que la primera es mentira.

El niño y las estrellas

Un padre, desconcertado por la actitud contemplativa de su hijo en el patio donde se hallaba de cara al cielo y en medio de la noche, le preguntó:

—¿Qué haces, hijo?

El niño, sin dejar de mirar hacia arriba, exclamó con satisfacción:

—¡Por fin, padre, he logrado contar las estrellas!
El padre, asombrado, indagó:

—¿Y… cuántas son?

Y el niño, antes de darle la espalda y entrar en la casa, respondió:

—¡Son muchísimas!

CUENTOS DE
SABIOS Y
ELEFANTES

El sabio y el elefante

Un sabio tenía un elefante. El sabio era muy pobre y el elefante era casi todo lo que poseía.

El sabio y el elefante habían compartido malos y buenos momentos de la vida y el sabio había aprendido de la actitud inocente del elefante ante la existencia.

A causa de unas inundaciones, el sabio se vio obligado a tomar la decisión de trasladarse del país donde vivía al país vecino, pero estaba prohibido que los elefantes cruzaran la frontera.

El sabio se preocupó durante muchos días y muchas noches. El elefante era su amigo.

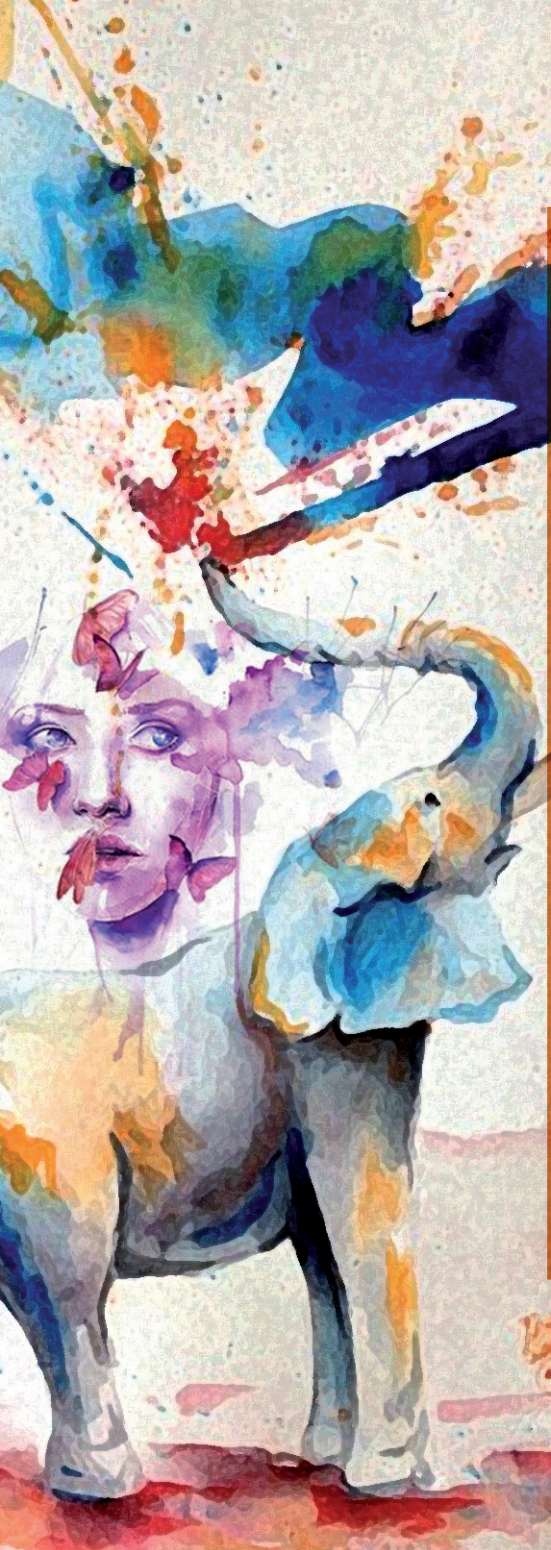
Decidido el viaje, el sabio consiguió prestado un enorme carromato tirado por cuatro caballos y conduciendo el carromato llegó a la frontera.

Los guardias del puesto fronterizo le preguntaron al sabio qué llevaba consigo. Y

el sabio respondió:

—Llevar, llevar, además del carromato y los caballos, solo dos pedazos de pan con algo de comida dentro para el viaje.

Los guardias se dirigieron a la parte de atrás del carromato y para inspeccionar su interior, levantaron la lona que lo cubría. De inmediato, los guardias descubrieron asombrados: dos minúsculas piezas de pan, amarradas y con un elefante en medio.



El sabio, los elefantes y la mujer

Un sabio tenía cuatro elefantes. Un día estaba sentado en el suelo a un lado y algo distante del camino, inmóvil y con la mirada fija y perdida en el espacio. Se hallaba sentado en medio de sus cuatro elefantes, también inmóviles, cada uno con la mirada fija y perdida en el espacio.

Una mujer, dejando atrás el camino, se aproximó agitada y temblorosa. Antes de que la mujer llegara junto al sabio y los elefantes, el sabio, siempre inmóvil y sin mirarla directamente, le dijo que se detuviera, que había llegado lo más cerca que era aconsejable, que estaba en el límite. Los elefantes, también siempre inmóviles, tampoco miraron directamente a la mujer.

La mujer, extrañada y sintiéndose rechazada, preguntó agresivamente al sabio si sus elefantes no estaban amaestrados, si eran peligrosos, si toda aquella calma era falsa.

El sabio respondió que sus elefantes no eran peligrosos, que estaban amaestrados y que la calma era cierta, pero que ella no debía acercarse, que estaba en el límite, porque los elefantes tenían muchas, muchas, pero muchísimas pulgas, y las pulgas aún no estaban amaestradas.

El sabio, los elefantes y el hombre

Un sabio tenía cuatro elefantes.

Un día el sabio estaba sentado en el suelo, a un lado y algo distante del camino, inmóvil y con la mirada fija y perdida en el espacio. Se hallaba sentado en medio de sus cuatro elefantes, también inmóviles, cada uno con la mirada fija y perdida en el espacio.

Un hombre, dejando atrás el camino, se dirigió agitado y tembloroso hacia el sabio y los elefantes. El hombre, aunque deseoso de consultar al sabio, se detuvo a una cierta distancia, la prudente si se tiene en cuenta que se había corrido la voz de que los elefantes tenían pulgas. Lo de las pulgas en los elefantes había aumentado el prestigio del sabio, puesto que a pesar de las pulgas, los elefantes permanecían la mayor parte, casi todo el tiempo, tan inmóviles como el sabio.

Ni el sabio ni los elefantes miraron directamente al hombre, ni cuando este comenzó a dirigirse hacia ellos, ni cuando se detuvo a unos pasos.

El hombre, aunque no se sentía mirado, sabía que lo escuchaban, así que dijo que venía a preguntarle al sabio cómo era posible que todas las noches su mujer, ya dormida, lo insultara ferozmente con las mismas e idénticas palabras.

El sabio, siempre sin mirar al hombre, no respondió a lo preguntado, sino que le preguntó si trataba bien a su mujer, si era gentil y justo, de buen humor y amoroso con su mujer.

El hombre, desconcertado, dudó, volvió a dudar, y después, no sin hacer un esfuerzo, reconoció que no siempre trataba bien a su mujer.

Entonces, el sabio preguntó:

—¿Y tiene usted la certeza de que cuando su mujer cada noche lo insulta está realmente dormida?

Y mientras el sabio hacía esta pregunta, los cinco –el sabio y los cuatro elefantes– miraron al hombre por primera vez.

CUENTOS
DE
JUAN
Y
PEDRO

Juan, Pedro y los mangos

Había una vez un hombre llamado Juan, al que le gustaban mucho, pero muchísimo, los mangos.

Juan se levantó una mañana decidido a convertirse nada más y nada menos que en un mango. Caminó y caminó hasta encontrar un árbol repleto de mangos, trepó por su tronco y se quedó allá arriba, colgado.

Había una vez un hombre llamado Pedro, al que también le gustaban mucho, pero muchísimo, los mangos.

Pedro, esa misma mañana, se levantó decidido a recoger en un saco nada más y nada menos que todos los mangos que hallara. Caminó y caminó, recoge que recoge mangos, hasta que fue a dar debajo del mismo árbol donde Juan colgaba.

De inmediato, Juan cayó sobre Pedro, golpeándolo y haciendo que se golpeara contra las piedras y provocando que al romperse el saco, los mangos rodaran por todas partes.

Pedro se levantó enfurecido y tomando por los hombros a Juan, le preguntó:

—¿Y a ti qué te pasa? ¡Te has caído encima de mí, me has golpeado y me has roto el saco!

Y Juan, imperturbable, le respondió:

—¿No ves que soy un mango y estoy maduro?

Juan, Pedro y los ladridos

Había una vez un hombre, llamado Juan, que se levantó una mañana, caminó hasta la plaza mayor del pueblo y allí se quedó de pie, sin moverse, imperturbable.

Había una vez un hombre, llamado Pedro, que se levantó esa misma mañana convencido de que era un perro.

Pedro, ladrando frenéticamente, caminó hasta la misma plaza mayor donde Juan estaba completamente inmóvil, como plantado en el centro de la plaza.

Juan, al ver aproximarse a Pedro, le gritó:

—¡Fuera, perro, fuera; no te me acerques!

Pedro, se detuvo e intentando calmar a Juan, le dijo:

—No te preocupes, tranquilo, soy solo un buen ladrador. ¿O no has oído que perro que ladra no muerde?

A lo que Juan, imperturbable, de inmediato le respondió:

–Ese no es el problema. ¿Pero es que no percibes que soy un árbol?

Juan, Pedro y las manzanas

Había una vez un hombre llamado Juan, al que le gustaba mucho, pero muchísimo, el pan, y al que le gustaban menos, pero bastante menos, las manzanas.

Había una vez un hombre llamado Pedro, al que también le gustaba mucho, pero muchísimo, el pan y al que también le gustaban menos, pero bastante menos, las manzanas.

Juan y Pedro se conocían y una mañana coincidieron en la misma cola para comprar pan.

Pedro estaba delante de Juan, que era el último de la larga cola para acercarse al horno.

Juan se hallaba doblemente molesto: por ser el último y, sobre todo, por estar detrás de Pedro.

Cerca de la cola del pan había una carreta llena de manzanas cuidada por un perro que esperaba a su dueño.

De pronto, Juan gritó:

—¡Las manzanas de la carreta van a ser repartidas gratis!

Y menos Juan, todos, incluido Pedro, abandonaron la cola del pan para formarse delante de la carreta cargada de manzanas.

Juan tuvo un instante de felicidad mientras se acercaba presuroso al horno del pan. Pero... dudó, y lleno de incertidumbre no pudo evitar preguntarse: "¿Y si de verdad fuera cierto?"

De inmediato, Juan dejó de aproximarse al horno y se fue a la cola de las manzanas donde quedó nuevamente el último, imperturbable, detrás de Pedro.

Juan, Pedro y la caña de pescar

Había una vez un hombre llamado Juan que estaba sentado en medio de un camino.

Ni puente, ni agua; solo tierra polvorienta a su alrededor. Juan sostenía una caña de pescar en el aire.

Había una vez un hombre llamado Pedro que pasó por ese camino.

—¿Pican mucho? —preguntó burlón Pedro—. Y Juan, imperturbable, le respondió:

—Muchos, lo que se dice muchos, no. Contigo van siete.

Juan, Pedro, la oveja de verdad y el perro de madera

Había una vez un hombre llamado Juan, que tenía una oveja de verdad y un perro de madera.

Había una vez un hombre llamado Pedro, que no tenía ni oveja de verdad, ni perro de madera, y tampoco tenía ni perro de verdad, ni oveja de madera.

Una mañana, Pedro se acercó a Juan y le preguntó:

—Juan, ¿eres mi amigo o no eres mi amigo?

—¡Por supuesto que soy tu amigo! —respondió Juan—. A lo que Pedro le hizo otra pregunta:

—Y, Juan, ¿eres generoso o no eres generoso con los amigos?

—¡Claro que soy generoso con los amigos! —aseguró Juan—.

Pedro, como un relámpago, señalando a la oveja de verdad y al perro de madera, preguntó por tercera vez:

—Si soy tu amigo y eres generoso con los amigos, y como tienes una oveja y un perro y yo no tengo nada, ¿cuál de los dos me regalarás?

—La oveja —afirmó Juan de inmediato, sin titubear—. Pedro se quedó mudo, paralizado por la sorpresa.

Mientras que Juan, imperturbable, pensaba: "Como Pedro se acerque a la oveja, el perro lo muerde, que para eso es ovejero".

Juan, Pedro y las ocas

Había una vez un hombre llamado Juan, al que le gustaba mucho, pero muchísimo, comer oca. Tanto le gustaba que si hubiera tenido dinero hubiera comido oca cada día en la comida y en la cena.

Había una vez un hombre llamado Pedro, al que también le gustaba mucho, pero muchísimo, comer oca. Tanto le gustaba que si hubiera tenido dinero también hubiera comido oca cada día en la comida y en la cena.

Un día, Juan le dijo a Pedro:

—Pedro, voy a comer oca cada día durante todos los días de mi vida, y voy a comer oca no solo todos los días, sino en el desayuno, en la comida y en la cena.

—¿Y de dónde vas a sacar el dinero para no comer garbanzos todos los días sino para comer oca?

—¡Ah...! —dijo Juan por toda respuesta—. Y Pedro insistió:

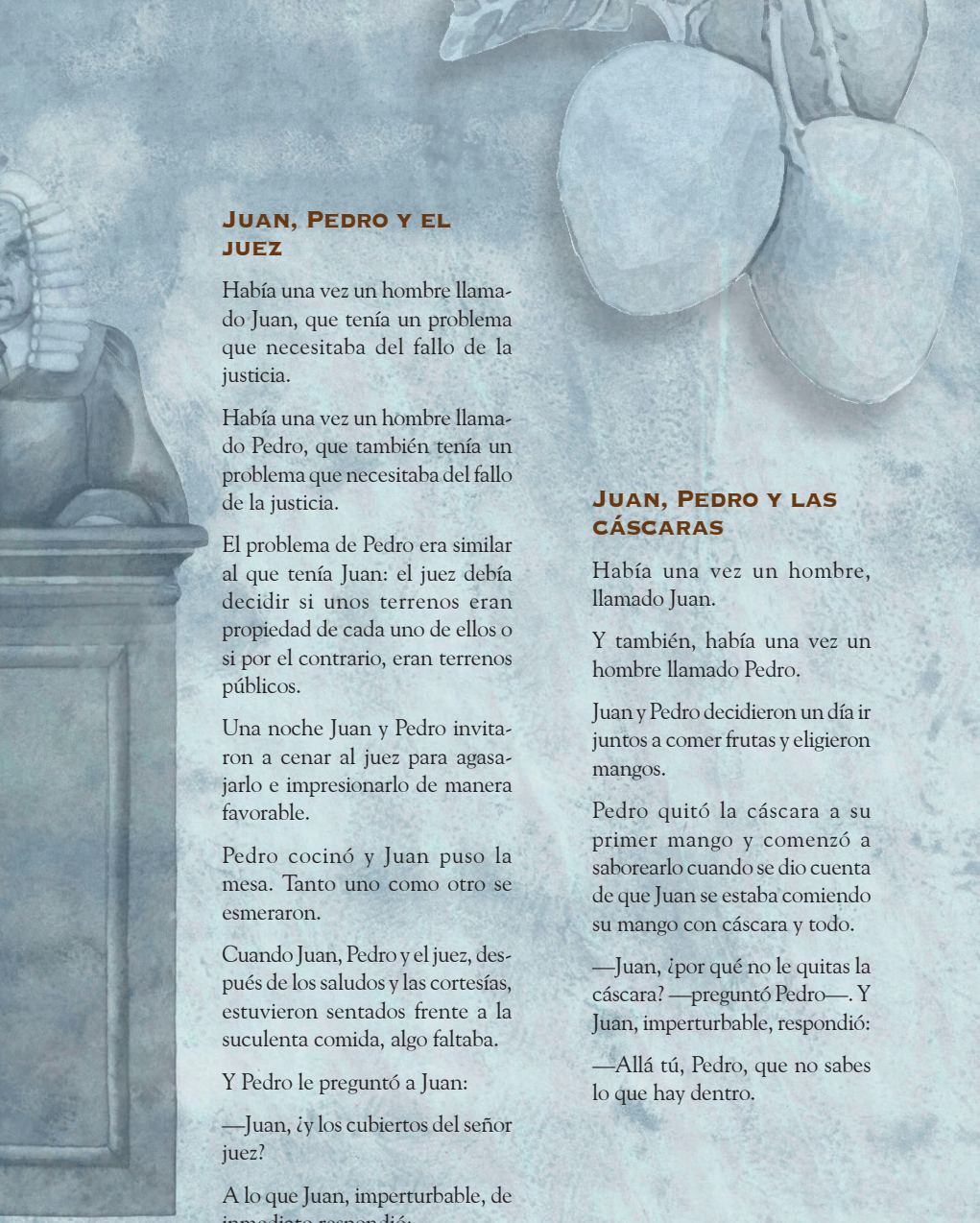
—¿Cuánto te va a costar comer oca en la mañana, en la tarde y en la noche un día tras otro día?

Hubo un largo silencio y por fin Juan respondió:

—Nada.

—¿Y cómo es eso? —se asombró Pedro—. Y Juan, imperturbable, respondió:

—Soñarlo no cuesta nada.



Juan, Pedro y el juez

Había una vez un hombre llamado Juan, que tenía un problema que necesitaba del fallo de la justicia.

Había una vez un hombre llamado Pedro, que también tenía un problema que necesitaba del fallo de la justicia.

El problema de Pedro era similar al que tenía Juan: el juez debía decidir si unos terrenos eran propiedad de cada uno de ellos o si por el contrario, eran terrenos públicos.

Una noche Juan y Pedro invitaron a cenar al juez para agasajarlo e impresionarlo de manera favorable.

Pedro cocinó y Juan puso la mesa. Tanto uno como otro se esmeraron.

Cuando Juan, Pedro y el juez, después de los saludos y las cortesías, estuvieron sentados frente a la suculenta comida, algo faltaba.

Y Pedro le preguntó a Juan:

—Juan, ¿y los cubiertos del señor juez?

A lo que Juan, imperturbable, de inmediato respondió:

—Pedro, ¿no me dijiste que el juez comía como un cerdo?

Juan, Pedro y las cáscaras

Había una vez un hombre, llamado Juan.

Y también, había una vez un hombre llamado Pedro.

Juan y Pedro decidieron un día ir juntos a comer frutas y eligieron mangos.

Pedro quitó la cáscara a su primer mango y comenzó a saborearlo cuando se dio cuenta de que Juan se estaba comiendo su mango con cáscara y todo.

—Juan, ¿por qué no le quitas la cáscara? —preguntó Pedro—. Y Juan, imperturbable, respondió:

—Allá tú, Pedro, que no sabes lo que hay dentro.

Juan, Pedro y la puerta

Había una vez un hombre, llamado Juan.

Y también, había una vez un hombre, llamado Pedro.

Juan y Pedro decidieron un día ir juntos a visitar un castillo, pero habiéndose entretenido paseando por sus pasillos y salones, olvidaron salir antes de la hora del cierre.

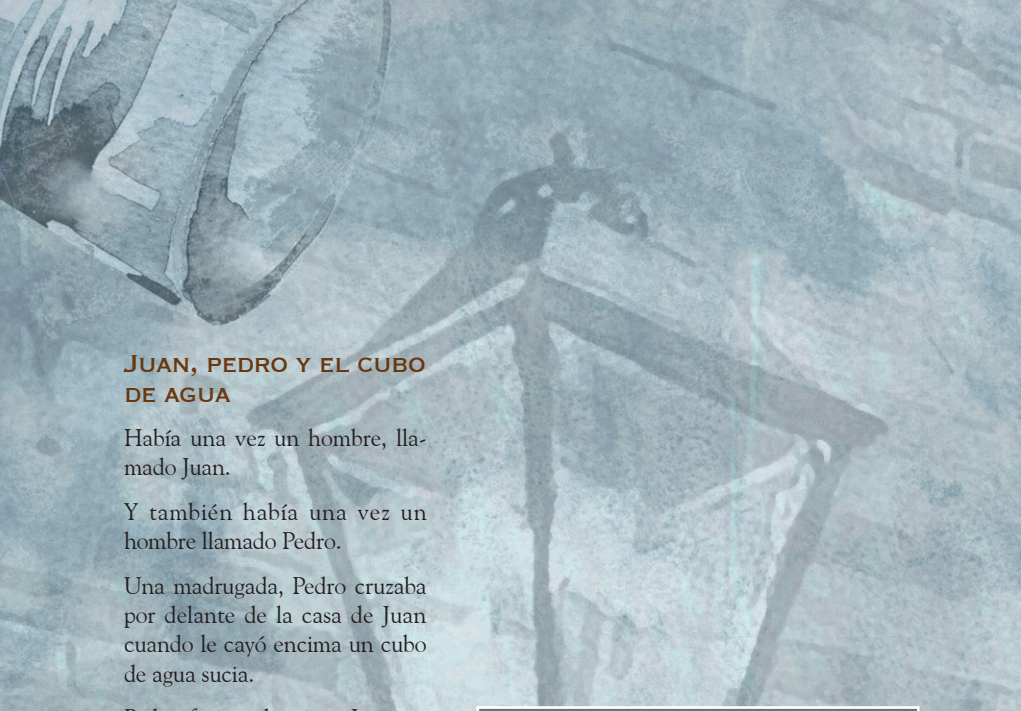
Cuando Pedro se dio cuenta de que había pasado la hora reglamentaria de salida, le dijo a Juan:

—Seguro para salir tendremos que forzar la puerta. Ve a ver si la puerta de salida está cerrada. Mientras, yo voy a revisar las ventanas que están más próximas y volvemos a encontrarnos en este salón.

Cada uno marchó en sentido opuesto.

Cuando regresaron sobre sus pasos y antes de que Pedro pudiera decir palabra, Juan, imperturbable, le explicó:

—Pedro, no podemos salir porque no podemos forzar la puerta, la puerta está abierta.



Juan, pedro y el cubo de agua

Había una vez un hombre, llamado Juan.

Y también había una vez un hombre llamado Pedro.

Una madrugada, Pedro cruzaba por delante de la casa de Juan cuando le cayó encima un cubo de agua sucia.

Pedro, furioso, le grito a Juan:

—¡Juan, eres un descerebrado!

Y Juan, asomándose por el balcón, preguntó:

—¿Lo dices, Pedro, en broma o en serio?

—¡Lo digo en serio! —afirmó Pedro gesticulando—.

—Ah, ya decía yo —concluyó Juan imperturbable—, porque tú sabes que a mí no me gustan las bromas.

Juan, Pedro y la farola de gas

Había una vez un hombre llamado Juan.

Y también había una vez un hombre llamado Pedro.

Una noche, Pedro encontró a Juan en medio de la plaza mayor del pueblo aferrado a lo más alto de la única farola de gas.

Pedro, preocupado por Juan, le dijo:

—Juan, baja, que si te caes te romperás la cabeza.

—¿Y la oscuridad?

—Cuál oscuridad, hombre, si la farola da luz —respondió Pedro.

—Sí, luz hay —asintió Juan imperturbable, para añadir de inmediato:

—Pero la luz soy yo, y... más abajo... no alumbro tanto.

Juan, Pedro y la cuerda

Había una vez un hombre llamado Juan.

Y también, había una vez un hombre llamado Pedro.

Una tarde, Juan, que paseaba cerca de un río que bajaba crecido, alcanzó a ver a Pedro dentro de la corriente y escuchó que, a punto de ser arrastrado y en riesgo de ahogarse, pedía:

—¡Juan, una cuerda, tírame una cuerda! Y Juan, imperturbable, le preguntó:

—Pedro, ¿pero acaso es que también quieres ahorcarte?

Juan, Pedro y el vino

Había una vez un hombre, llamado Juan, al que le gustaba mucho, pero muchísimo, el vino.

Y Juan se levantó una noche después de haber dormido durante todo el día, decidido a tomarse nada más y nada menos que todo el vino que encontrara en la posada. Y aunque no tenía mucho dinero, allá se fue, dispuesto a intentar su propósito.

Había una vez un hombre llamado Pedro, al que también le gustaba mucho, pero muchísimo, el vino.

Y Pedro una noche, después de una dura jornada de trabajo, concluyó sus labores decidido también a tomarse nada más y nada menos que todo el vino que encontrara en la posada. Y aunque solo tenía un poco más de dinero que Juan, allá se fue, dispuesto a intentar su propósito.

Pero antes de que Pedro pidiera su primera copa de vino, tan pronto entró en la posada encontró a Juan bebiendo, pero en una postura muy extraña.

Pedro, preocupado por Juan y preocupado por los efectos del vino, le preguntó:

—Juan, ¿qué haces bebiendo vino en esa posición?
Y Juan, imperturbable, le respondió:

—El posadero me ha dicho que un vaso de vino vale la mitad si me lo tomo de pie, que si me lo tomo sentado en la mesa. Y espero que el vino tomado sobre un solo pie, sea más barato que tomado sobre los dos. Por eso levanto una pierna.

Juan, Pedro y la sopa

Había una vez un hombre llamado Juan.

Y también, había una vez un hombre llamado Pedro.

Una noche en que Juan invitó a su casa a Pedro, le ofreció de cenar un plato de sopa.

Pasaba el tiempo y pasaba, y Pedro, ya sentado a la mesa, esperaba muerto de hambre a que Juan reapareciera desde la cocina con la sopa.

Tanto y tanto tiempo pasó, que Pedro preguntó a gritos sin poder contenerse:

—Juan, ¿dónde has ido a buscar la sopa?

En ese instante, Juan reapareció desde la cocina, pero caminado, un paso tras otro paso, con muchísima lentitud. Y Juan, imperturbable, explicó:

—Pedro, es que la sopa es de tortuga.

Juan, Pedro y el saludo

Había una vez un hombre llamado Juan.

Y también, había una vez un hombre llamado Pedro.

Una mañana Juan vio a Pedro, con quien estaba enfadado, que caminaba unos pasos delante.

Juan se acercó por detrás, sigilosamente y le dio un fuerte manotazo a Pedro en la cabeza.

Pedro giró enfurecido y le reclamó a Juan:

—¡Juan, te has vuelto loco! ¡Me has dejado la cabeza zumbando! Y Juan respondió:

—Pedro, como ayer habíamos discutido, hoy al verte he deseado reiterarte mi mucho afecto. Por eso acabo de saludarte con tanto entusiasmo.

—¡Podías haberme saludado con menos fuerza! —volvió a reclamar Pedro—. Y Juan, imperturbable, precisó:

—Pero, Pedro, si te tengo mucho afecto ¿cómo voy a saludarte con poco entusiasmo?

Juan, Pedro y la escalera

Había una vez un hombre llamado Juan.

Y también, había una vez un hombre llamado Pedro.

Un día, Pedro estaba en la casa de Juan ayudándolo a pintar las paredes.

Pedro estaba subido en lo más alto de la única escalera pintando el techo cuando Juan necesitó, por un momento, la escalera para sacar un clavo de lo alto de una pared.

Juan se aproximó a la escalera y le dijo a Pedro:

—Pedro, apóyate un segundo en el aire que ya te devuelvo la escalera. Y Juan, imperturbable, le quitó la escalera a Pedro y fue a por el clavo.

Juan, Pedro y el muro

Había una vez un hombre, llamado Juan.

Y también, había una vez un hombre, llamado Pedro.

Una mañana, Juan se golpeaba la cabeza contra el muro de la casa del hacendado más rico y tacaño del pueblo,

Una y otra vez Juan se golpeaba la cabeza. Pedro, que por allí pasaba, se acercó y le gritó:

—¡Juan, deja de golpearte la cabeza! ¿No ves que te haces daño? Juan, deteniéndose un instante, le explicó:

—¡Y también al muro! ¡También al muro le hago daño!

—¿Y qué? —preguntó Pedro.

—Además, cada tres minutos, descanso —añadió Juan.

—¿Y qué? —volvió a preguntar Pedro.

—Que el gusto es doble —precisó, imperturbable Juan—, porque siento placer cuando le hago daño al muro y alivio en la cabeza cuando dejo de golpear.

Juan, Pedro y los disparos al aire

Había una vez un hombre llamado Juan, que se perdió en el bosque con un hombre llamado Pedro.

—¡Pedro, no te angusties, lo único que tenemos que hacer es disparar al aire y alguien acudirá! —explicó Juan tranquilo, confiado, sonriente.

—¿De verdad crees eso? —preguntó Pedro.

—¡Que sí, que sí! —añadió Juan y disparó por sobre sus cabezas. Esperaron y nada.

—Ya verás, ya verás ahora que vuelva a disparar… —volvió a afirmar Juan, imperturbable, y, apuntando al aire por encima de sus cabezas, disparó tres veces.

Esperaron y nada.

Y entonces Juan, con una ligera preocupación en el rostro, dijo:

—¡Pues ojalá ahora sí dé resultado, porque ya solo nos queda una flecha!

Juan, Pedro y la pierna rota

Había una vez un hombre llamado Juan, que siempre andaba con mucha, pero con muchísima prisa.

Había una vez un hombre llamado Pedro, que también siempre andaba con mucha, pero con muchísima prisa.

Una mañana Juan fue a entrar muy apurado a la casa de Pedro, justo cuando

Pedro fue a salir, por lo que tropezaron.

Y Juan cayó encima de Pedro que se partió una pierna y se desmayó. Cuando Juan vio la pierna partida de Pedro no supo qué hacer.

Después de pensar y pensar, Juan tuvo una idea. Arrastró a Pedro hasta la cama, lo subió y lo tapó con una manta. A continuación intentó sacarlo del desmayo.

Cuando Pedro comenzó a volver en sí, Juan, imperturbable, de inmediato, le dijo:

—Pedro, lo siento, estás en el hospital, te han cortado una pierna, la derecha, tienes la pierna izquierda rota.

Pedro volvió a desmayarse.

Cuando Pedro recuperó la conciencia, Juan, con una sonrisa de oreja a oreja, le aclaró:

—¡No es cierto, Pedro, lo de la pierna cortada no es cierto! Solamente te has roto la pierna izquierda. ¿A que te sientes muy contento?

Juan, Pedro y el venado

Había una vez un hombre llamado Juan, que tras muchos intentos logró cazar un venado.

Había una vez un hombre llamado Pedro, que deseaba comprar un venado para alimentar a su madre.

Juan, a ratos a cuestas y otras a rastras y a empujones, con mucho esfuerzo consiguió llevar el venado desde el bosque hasta su casa.

Colocando el venado en el patio, Juan comenzó lentamente a desollarlo, pero su

único cuchillo, viejo y mellado, tenía escaso filo, por lo que muy pronto tuvo que subir hasta la buhardilla, tres pisos más arriba, para afilarlo en una piedra de amolar.

Tras empeñarse, Juan bajó con algo de filo en el cuchillo, pero poco duró, por lo que casi de inmediato, tuvo que volver a subir los tres pisos por una escalera estrecha y desvencijada.

Y así, así, así… hasta en cinco ocasiones, de abajo a arriba y de arriba abajo, porque no solo su cuchillo era un desastre, sino que su piedra de afilar, desde siempre pequeña, estaba ya muy gastada.

Cuando Juan bajaba sudoroso de la buhardilla por quinta vez miró el cuchillo y se le ocurrió una idea:

—¡Caramba! —Exclamó en voz alta— ¡Lo que tengo que hacer es subir el venado hasta la buhardilla!

Después de enormes esfuerzos, al llegar Juan con el venado hasta la buhardilla, estaba tan pero tan cansado que decidió dejar a medias la tarea de desollarlo y venderlo sin más.

Pasaba Pedro en ese momento por el camino y Juan le gritó que le vendía un venado a medio desollar y que se lo daría barato con tal que se lo quedara.

Pedro, pensando en su madre, le respondió que sí, aunque con una condición, la de que Juan le llevara el venado al otro lado del bosque y a lo alto de una colina.

Juan aceptó y regateando y regateando, Pedro lo adquirió por casi nada. A Juan en ese instante se le ocurrió otra idea, e imperturbable preguntó:

—Pedro, ¿qué te parece si, como tu madre vive muy lejos y colina arriba, mejor desuello el venado y lo descuartizo para llevarlo en trozos?

CUENTOS DEL "YO MENTIROSO"

Yo tenía un caballo negro, todo negro

Yo tenía un caballo negro, todo negro. Y mi caballo era el más fuerte y el más ágil del mundo. Cuando yo montaba en mi caballo negro, todo negro, me sentía capaz de atravesar los más extensos arenales y de subir las más altas montañas. ¡Ese caballo era mi amigo! ¡Y yo era amigo de ese caballo! Un día, andando por el mundo, llegué montado en mi caballo negro, todo negro, a la orilla de un río que venía crecido. Que si el agua se precipitaba como la de una catarata... Que si los árboles arrancados y semejantes a enormes embarcaciones bajaban velozmente de la montaña... Pero yo estaba montado en mi caballo negro, todo negro, y me sentía capaz de cruzar ese río crecido y muchos más tan crecidos como ese. En la otra orilla había un campesino que, por lo visto, había intentado cruzar el río, y a su lado se hallaba su caballo blanco, todo blanco. El campesino al verme me gritó: "¡Eh, no cruce, vea que mi caballo blanco, todo blanco, ha muerto en el intento!" Yo le respondí que lo sentía mucho, que lamentaba lo ocurrido a su caballo blanco, todo blanco, pero que mi caballo negro, todo negro, sí que era capaz de cruzar. El campesino, dejando muerto en aquella orilla a su caballo blanco, todo blanco, se marchó, tal vez para no contemplar lo que iba a sucederme. Y yo comencé a cruzar en mi caballo negro, todo negro, las aguas que a cada segundo bajaban más furiosas. ¡Y las aguas que parecían abrirnos camino, los troncos que parecían apartarse a nuestro paso, las piedras que se mantenían inmóviles! ¡Y mi caballo negro, todo negro, y yo, finalmente, como era de esperar, llegamos a la otra orilla. ¡Con tan mala suerte, que unos bejucos, sí, unos bejucos se enredaron en una de las patas de mi caballo negro, todo negro! ¡Y mi caballo tropezó, y cayó, y se partió la pata! Me quedé aturdido, angustiado, viendo caído a mi caballo negro, todo negro, ¡porque ese caballo era mi mejor amigo, y yo era el mejor amigo de ese caballo! Pero pensé y pensé y pensé, hasta que tomé una decisión. Saqué mi pañuelo, lo empapé en la miel que traía en una botella, saqué mi machete, corté la pata partida a mi caballo negro, todo negro, corté una pata al caballo blanco, todo blanco, y con el pañuelo empapado en miel amarré la pata blanca a mi caballo negro. Y desde entonces fue un asombro para todos por el mundo verme montado en un caballo negro, tan negro, con una pata blanca, tan blanca.

El mejor cazador del mundo y los perros salvajes

Yo soy el mejor cazador del mundo. Solo que no me gusta cazar por cazar. Si salgo de cacería es porque cazar es necesario. Como aquella vez que salí con mi escopeta a buscar los perros salvajes que habían atacado al ganado. Unos perros tan feroces como tigres hambrientos. Únicamente me quedaba una bala en la escopeta cuando, donde el bosque es como una cueva, distinguí ¡tres perros salvajes! Sus colmillos relucían en la oscuridad como enormes espinas. De inmediato pensé cazar el más grande, después el más joven, y después el más cercano. ¡Pero yo no quería cazar uno de los tres perros salvajes sino los tres! Y yo soy el mejor cazador del mundo. Introduje el cañón entre dos ramas y lo doblé. Casi sin apuntar disparé al primer perro salvaje, el tiro salió curvo ¡y cacé los tres!

El mejor cazador del mundo y el tigre

Yo soy el mejor cazador del mundo. "¡Donde pongo el ojo pongo la bala!" Cazo cuando necesito alimentarme o defenderme o proteger el ganado de los ataques de los animales feroces. Como aquella vez que los perros salvajes... ¡Pero no! No les voy a contar cuando con un solo disparo cacé los tres perros. Les voy a contar que una vez un tigre escapó de su jaula a los montes, y yo, que andaba por el lomerío, lo encontré cuando ya no me quedaba ni una bala en la escopeta. Tanto me desesperé que levanté de entre las hojas una dura semilla, cargué la escopeta con la semilla y disparé. Mi disparo le dio en el lomo al tigre que, como si hubiera recibido una pedrada, se rascó el lomo con la zarpa, me miró sin concederme importancia y se alejó majestuosamente y sin temor. ¡Me quedé muerto de furia! ¡Pero es que yo soy un cazador único en el mundo! Varios años después y andando por las lomas, vi un árbol que se movía, que... caminaba... Me dije: ¡Veo visiones! ¡De cuándo acá los árboles caminan! Miré y miré y volví a mirar. ¡Cuál no sería mi asombro al ver el tigre caminar con un árbol crecido sobre su lomo! Desde entonces me llaman de uno u otro lado ¡y ando por todo el mundo sembrando árboles con mi escopeta en los lomos de los tigres!

Yo tenía los dos perros más bravos de la tierra[7]

¡Yo tenía los dos perros más bravos de la tierra! Uno de mis perros era blanco como los copos de algodón o como la espuma de las olas del mar. Y el otro, negro como el azabache o como el carbón más puro. Si uno de los perros estaba en los portales, el otro en las caballerizas. Si uno en el río, el otro en la laguna. ¡Porque si mis perros se encontraban, se despedazaban! Así las cosas, yo tuve que preparar una ida hasta el pueblo a buscar alimentos. Y me puse a pensar... ¿dónde dejo a los animalitos? ¿Uno en la ceiba, amarrado, con agua y comida? ¿Y el otro en la palma, amarrado, con agua y comida también? ¡No!, porque, si viene un animal más grande, puede beberse el agua, comerse la comida y maltratarlos. Y pensé y pensé... Hasta que decidí dejarlos en la sala de la casa, uno en una pared y el otro en la pared de enfrente, con agua y comida, pero amarrados con unas cadenas de hierro, ¡enormes! Eso hice y me marché tranquilo. Ocurrió que no pude regresar tan pronto como deseaba porque llovió y volvió a llover. Cuando una semana después me acerqué a la casa en el caballo: Ni un ladrido. ¡Ni un solo ladrido! Nada, me dije, los animalitos se disgustaron porque he tardado. ¡Pero ya he dicho que yo tenía los dos perros más bravos de la tierra! Al abrir la puerta de mi casa únicamente quedaban un rabo blanco y un rabo negro, ¡y todavía estaban peleando!

7. Como en todos estos cuentos, la primera versión del autor fue oral. En este caso se trató de un arquetipo a partir de cinco fuentes anónimas, con variaciones cada una respecto a las otras fuentes escuchadas en tres países.

La anguila gigantesca y la antorcha inapagable

Yo cuando voy a pescar siempre pesco lo mejor de lo mejor, como aquella vez en que fui al río e intenté pescar desde por la mañana, y era por la tarde y no había pescado nada. Pero yo esperaba y esperaba, porque estaba seguro de que a un pescador como yo la fortuna siempre le reserva lo mejor de lo mejor. Y así fue. Ya de noche, pesqué una anguila, una anguila gigantesca, medía... ¡cuatro metros! Quizás a alguien le pase por la cabeza decir que no existen anguilas de cuatro metros, sin saber que eso no fue lo más extraordinario... Como el fuego que yo enciendo no se apaga, la antorcha que había encendido para seguir pescando, se me cayó al río al pescar la anguila y se hundió en las aguas, pero... no se apagó. La antorcha siguió dando luz allá abajo y yo pude marcharme, cargado con la anguila de cuatro metros, viendo bien que muy bien por donde pisaba para encontrar el camino.

Yo sé muy bien que lo que no hay que hacer es quedarse quieto

¡Yo sé muy bien que lo que no hay que hacer es quedarse quieto! Como aquella vez que estando yo en el medio del monte se me apareció un toro bravo. A tan solo unos pasos, el toro bravo me miraba y yo miraba al toro bravo. A los ojos. ¡Justo, justito a los ojos, nos mirábamos! Cuando me di cuenta de que el toro había decidido embestirme, me eché a correr. ¡Y corrí y corrí y corrí! ¡Que, entre otras virtudes, también tengo la de buen corredor! Hubiera dejado atrás al toro bravo, pero de pronto una enorme pared de piedra me cortó la huida. Recta y alta, altísima, la pared de piedra. ¡Me sentí perdido! ¡Pero allí estaba, allí estaba un chorro de agua cayendo desde la cima! ¡Sin pensarlo dos veces comencé a subir por el chorro! ¡Aferrándome al agua subía y subía! Pensé que ya estaba salvado. Solo que al mirar hacia atrás, el toro bravo venía subiendo también. ¡Yo sé muy bien que lo que no hay que hacer es quedarse quieto! ¡Sin pensarlo dos veces me agarré al chorro con una sola mano y con la otra saqué mi machete, corté de un tajo el chorro y el toro bravo se cayó! ¡El toro, torito, se cayó!

Yo tenía un búho muy listo, tan listo pero tan listo como el que más[8]

Yo tenía un búho muy listo. Claro que, listos, son todos los búhos. Pero mi búho era tan listo, pero tan listo como el que más. Cuando comenzaba a amanecer, antes de irse a dormir, mi búho leía un poco de todo. Esto no me hubiera molestado si no fuera porque mi búho insistía en leer en voz alta, y lo hacía en latín. ¡Siempre lo hacía en latín! Y no porque mi búho no pudiera leer en otros idiomas, sino porque insistía en dejar claro que conocía el latín a la perfección. Así que yo me despertaba todas las mañanas como si alguien despidiera mi entierro. Mi búho dormía mientras había sol, pero se negaba a hacerlo si no tomaba como cama uno de mis libros, que casi siempre solía ser el libro que yo por esos días estaba leyendo. ¿Y por qué? Porque mi búho no soportaba la idea de que yo leyera por mí mismo. Pensaba que si yo leía por mí mismo estaría cada mañana menos dispuesto a escucharlo cuando me leía en latín. ¡Y es que se negaba a aceptar que cuando él leía en latín yo no lo entendía! ¡Y, sobre todo, se negaba a aceptar que a mí no me pareciera que la mejor forma de despertarme era que un búho tan listo, pero tan listo, me leyera en voz alta y en latín! Sin embargo, los verdaderos problemas entre mi búho y yo dieron inicio cuando decidió utilizar mis gafas. Y muy especialmente cuando insistió en irse a dormir al libro con mis gafas puestas. ¡Y muy pero muy especialmente cuando sonámbulo, en cualquier momento del día y sin previo aviso, se ponía a leer en voz alta el libro que yo había estado leyéndome! ¡Y muy pero muy pero muy especialmente cuando sonámbulo, al leerme el libro, me lo leía, no como estaba escrito, sino traduciéndolo en absoluto, perfecto e insoportable latín! ¡Y es que mi búho era tan listo, pero tan listo, como el que más!

8. Este cuento, su procedencia, no es de la tradición oral, sino de la invención del autor. Los cuentos del "yo mentiroso" del cuentero familiar o del cuentero comunitario, los cuentos de mentiras mágicas, de mentiras no malintencionadas, han contribuido poderosamente a mantener viva la imaginación y la fantasía de los pueblos.

Yo tenía un gato único en el mundo[9]

¡Yo tenía!... ¡Yo tenía!... Yo tenía un gato único en el mundo. Mi gato, cada vez que maullaba, lanzaba por la boca, como si fueran soles y estrellas relucientes, monedas y más monedas. Y mientras más maullaba, más monedas y monedas lanzaba. Les voy a advertir una cosa. No estoy dispuesto a que en cada ocasión en que les cuente un cuento, unos me miren lastimeramente y los otros alcen las cejas en señal de duda. El hecho de que yo cuente cuentos, de que me vista con humildad y a veces hasta le pida dinero prestado a alguno no significa que mi gato, cada vez que maullaba, no lanzara por la boca monedas y más monedas, lo que ocurre es que eran... ¡falsas!

---

9. La procedencia de este cuento no es de la tradición oral, sino de la invención del autor. Este cuento es una modulación del primer "yo mentiroso" que el autor escribió en homenaje a los cuenteros mentirosos familiares o comunitarios, rurales o urbanos: "Una gata única en el mundo", mucho más extenso y de ambiente urbano marcadamente contemporáneo.

CUENTOS DE
TÍO CONEJO Y
TÍO COYOTE

Tío Conejo, Tío Coyote y los mangos[10]

Había una vez un conejo y un coyote conocidos como ¡Tío Conejo! y ¡Tío

Coyote!

Al comienzo, poco después de nacer, Tío Conejo y Tío Coyote eran amigos y un día salieron juntos a explorar el bosque.

Al andar y andar, lo primero que encontraron fue un enorme árbol repleto de mangos. Era la época de los mangos y los frutos maduros resplandecían como piedras de oro acariciadas por el Sol. Tío Conejo y Tío Coyote se quedaron maravillados ante tanta hermosura. Como ya habían caminado un rato y tenían sed y hambre, decidieron que los mangos resultaría una deliciosa manera de satisfacer sus deseos. Así que mangos bajaban del árbol y mangos subían a las bocas de Tío Conejo y Tío Coyote. Los dientes se hincaban en el amarillo pulposo de los mangos y el jugo chorreaba pegajoso como miel.

Tantos y tantos mangos comieron que la llenura no les permitió seguir el camino y se acostaron a dormir a la sombra de las frondosas ramas. Durmieron y soñaron con un árbol colmado de mangos, tan inmenso, que llegar a su copa era como alcanzar la cumbre de una montaña. Y allí, alto, altísimo, estaban ellos dos, Tío Conejo y Tío Coyote, come que te come mangos y los mangos eran tan extraordinarios como el árbol, al punto de que para descender usaron una de las cáscaras a la manera en que se usan las alfombras mágicas.

De este modo soñaban Tío Conejo y Tío Coyote un mismo sueño cuando, precisamente, dos pedazos de

10. La primera versión del autor fue oral, tanto de este como de los dos cuentos siguientes con Tío Conejo y Tío Coyote, y en todos los casos se trató de arquetipos que elaboró a partir de varias fuentes anónimas de México, y de otras de Colombia, Costa Rica, Venezuela y de otros países de América Latina y el Caribe.

cáscaras impulsados por un viento que iba de paso, les pegaron en los bigotes y los despertaron.

Tío Coyote, aún acostado, se puso a mirar y remirar el árbol de mangos y le dijo a Tío Conejo:

—Este mundo marcha al revés, Tío Conejo, la naturaleza no piensa para crear las cosas. Mire usted: ese árbol tan enorme de mangos da frutos más o menos pequeños, en cambio, los melones y las calabazas, que son tan grandes, nacen de bejucos, que se arrastran por el suelo y no levantan sus frutos ni un palmo de la tierra. Lo mismitico que usted, Tío Conejo, siendo tan chiquito, así tan esmirriado, tiene esas orejas tan grandes; y yo, que soy crecido y fuerte, tengo las orejas pequeñas. ¡Al revés, le digo que este mundo marcha al revés!

En el momento en que Tío Coyote terminó de decir estas palabras, le cayó un mango encima. Entonces, Tío Conejo, riéndose, le dijo:

—Tío Coyote, yo creo que la naturaleza sí piensa para crear las cosas, y quien no piensa es usted. ¿Qué le parece si le hubiera caído, desde allá arriba, un melón o una calabaza?

Tío Conejo, Tío Coyote y el mamey

Un día que Tío Conejo y Tío Coyote se hallaban bosque adentro, andaba Tío

Conejo muy furioso porque Tío Coyote ya había comenzado a hacer de las suyas...

Sí, un rato antes, frente a un árbol con pocas naranjas, Tío Coyote, impidiéndolo por la fuerza, no dejó que Tío Conejo comiera. ¡En tres bocados, Tío Coyote devoró, él solo, todas las naranjas!

Tío Conejo se quedó doblemente molesto. Primero, porque estaba convencido de que a los coyotes no les gustan las naranjas; y, segundo, porque bien que podían haberlas compartido.

Minutos después, al seguir rumbo, Tío Conejo dijo:

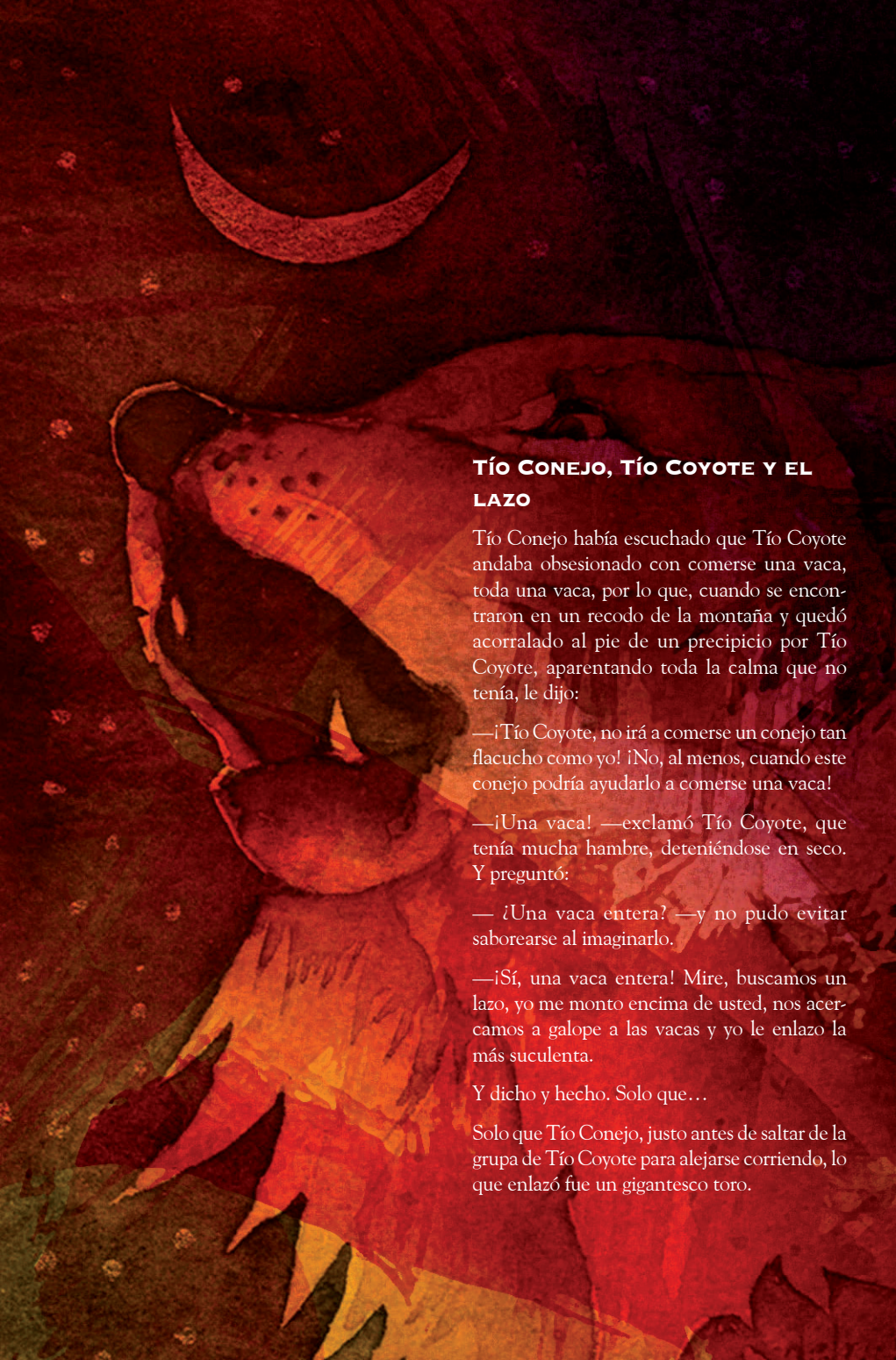
—¡Vaya! ¡Qué tremendo mamey veo allá! Tío Coyote, ¿por qué no lo alcanza y lo compartimos?

—¡Un mamey! —exclamó Tío Coyote— ¡Un mamey es demasiado poco para mí! ¿Cómo es posible creer que lo compartiría?

Y sin pensarlo más y deseando comérselo enseguida, rápidamente Tío Coyote se acercó a lo que habían visto y lo devoró.

Tío Conejo, de la risa, se revolcó en el suelo, porque desde la primera ojeada supo que aquello no era un mamey, ¡sino un avispero!

Mientras Tío Conejo se carcajeaba, las avispas, alborotadas, perseguían a Tío Coyote hacia lo más hondo del bosque, ¡y este saltaba y saltaba y saltaba de dolor!



Tío Conejo, Tío Coyote y el lazo

Tío Conejo había escuchado que Tío Coyote andaba obsesionado con comerse una vaca, toda una vaca, por lo que, cuando se encontraron en un recodo de la montaña y quedó acorralado al pie de un precipicio por Tío Coyote, aparentando toda la calma que no tenía, le dijo:

—¡Tío Coyote, no irá a comerse un conejo tan flacucho como yo! ¡No, al menos, cuando este conejo podría ayudarlo a comerse una vaca!

—¡Una vaca! —exclamó Tío Coyote, que tenía mucha hambre, deteniéndose en seco. Y preguntó:

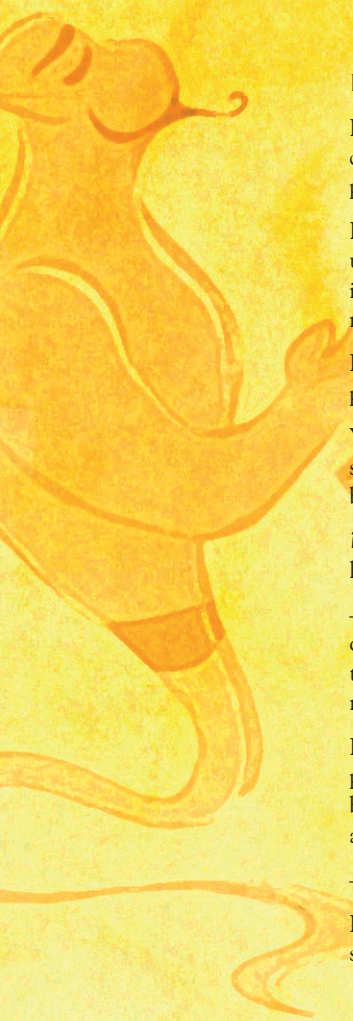
— ¿Una vaca entera? —y no pudo evitar saborearse al imaginarlo.

—¡Sí, una vaca entera! Mire, buscamos un lazo, yo me monto encima de usted, nos acercamos a galope a las vacas y yo le enlazo la más suculenta.

Y dicho y hecho. Solo que…

Solo que Tío Conejo, justo antes de saltar de la grupa de Tío Coyote para alejarse corriendo, lo que enlazó fue un gigantesco toro.

EL CUENTO DE LA MUJER Y EL GENIO



La mujer y el genio

La mujer caminaba lenta y tristemente por sobre la arena de la playa. Caminaba y pateaba la arena, pateaba la arena, pateaba la arena.

La mujer iba pensando en el inestable de su marido que una vez más se había largado de la casa. Y cuando el inestable de su marido se largaba de la casa, la mujer nunca podía predecir si regresaría o no.

Por lo que la mujer pateaba la arena, pateaba la arena, pateaba la arena.

Y pateando y pateando la arena, tropezó una botella y sin darse cuenta la mujer alzó la botella, la descorchó y brotó un genio.

¡Sí! Primero de la botella salió silbando una bocanada de humo, y tras la bocanada apareció un genio.

—Me has librado de mi prisión —dijo el genio—. Y te cumpliré tres deseos. Ni uno más, ni uno menos. Pero te advierto, que allá, a lo lejos, el inestable de tu marido recibirá doble cualquier cosa que tú pidas.

La mujer se puso verdaderamente furiosa. Cómo era posible que allá, a lo lejos, el inestable de su marido recibiera doble cualquier cosa que ella pidiera. Y le reclamó al genio. Pero el genio le respondió:

—Pues... así está escrito.

La mujer se encogió de hombros y sin más demora pidió su primer deseo:

—Quiero —dijo— un montón de monedas de oro.

Hubo un breve resplandor, y, sí, a los pies de la mujer, apareció un montón de monedas de oro. Y allá, a lo lejos, a los pies del inestable de su marido aparecieron dos montones.

La mujer volvió a encogerse de hombros y sin más demora pidió su segundo deseo:

—Quiero —dijo— un collar de perlas, el más grande y hermoso que pudiera existir. Hubo otro breve resplandor, y, sí, en las manos de la mujer, apareció un collar de perlas. Y allá, a lo lejos, en las manos del inestable de su marido, aparecieron dos collares. Y mientras el inestable de su marido se dirigía allá, a lo lejos, a que le valoraran las joyas tan misteriosamente aparecidas, la mujer pensó con mucho cuidado su tercer deseo.

Pero antes la mujer quiso asegurarse y le preguntó al genio:

—¿Seguro, seguro, que cualquier cosa que yo pida el inestable de mi marido, allá, a lo lejos, la recibirá doble?

—¡Seguro! —Respondió el genio—. ¡Así está escrito y así será! Entonces la mujer pidió lentamente su tercer deseo.

—¡Quiero —dijo— que me quite usted la mitad de mi dinero!

EL CUENTO DE LA SOPA DE PIEDRA

La sopa de piedra[11]

Había una vez un caminante que de tanto camina que te camina, andaba muerto de hambre por el camino. Y se dijo que, seguramente, en la primera casa que encontrara no le negarían un humilde plato de comida. Y con esas esperanzas, el caminante caminó y camino y caminó un poco más y cuando ya estaba a punto de morder el polvo del camino de tanta hambre y tanto cansancio, de repente allí, inmensa como una montaña, la casa. Y en el portal de la casa estaban el dueño, la dueña y los hijos dueñitos, porque por aquel camino nunca pasaba alguien, y un caminante era todo un acontecimiento.

El caminante se acercó, saludó a los moradores de la casa, y después le preguntó al dueño:

—Seguro usted será tan amable que no le negará un plato de comida a este pobre caminante, ¿no?

—¡No, hombre, no! —le gritó el dueño de la casa— ¿Usted se cree que yo construí mi casa a la orilla del camino para darle de comer a cuanto muerto de hambre pasara por aquí?

El caminante, encogiéndose de hombros, dijo:

—Entonces, no me quedará otro remedio que hacerme una sopa de piedra.

---

11. Como en todos estos cuentos, la primera versión del autor fue oral. En este caso, se trató de un arquetipo a partir de fuentes anónimas con variaciones cada una respecto a las otras, provenientes de diferentes países. La primera que se conoció procedía de los campesinos portugueses.

—¡Una sopa de piedra! —exclamaron todos: el dueño, la dueña y los hijos dueñitos.

—¡Sí! —afirmó el caminante—. ¿Ustedes nunca han probado una sopa de piedra? ¿Pero es posible que ustedes nunca hayan sentido el olor tan aromático de una sopa de piedra? ¿Pero acaso ha podido ocurrir que no hayan probado nunca algo tan delicioso como una sopa de piedra?

—¡No! —dijeron a la vez el dueño, la dueña y los hijos dueñitos.

Y el dueño, deseando aprender a cocinar un alimento tan sencillo, tan sabroso, y, sobre todo, tan económico, preguntó:

—¿Y cómo es eso de la sopa de piedra?

El caminante indicó:

—Yo necesitaría una piedra del jardín.

—¡Por supuesto! —concedió el dueño. Y el caminante tomó una piedra.

—Necesitaría también una olla de barro.

De un tirón, allá se fue la dueña a buscar la olla de barro más grande que pudo encontrar.

Cuando la dueña trajo la olla, el caminante colocó dentro la piedra.

—Y necesitaría llenar la olla del agua de la fuente.

Todos le acompañaron, el dueño, la dueña y los hijos dueñitos, y en un dos por tres la olla estuvo llena de agua.

Entonces el caminante dijo:

—Necesitaría también poner la olla en el fuego de la cocina. Y la olla fue puesta al fuego.

Pero el caminante miró la olla y enumeró:

—Una sopa de piedra necesita un poquito de sal, un poquito de aceite, un poquito de ajo y un poquito de cebolla.

Y la sal, el aceite, el ajo y la cebolla aparecieron y fueron a parar dentro de la olla.

El caminante, mirando la olla, precisó:

—Y tomates... y patatas... y zanahorias...

Los hijos dueñitos allá se fueron y regresaron con lo mejor que pudieron encontrar en la huerta, y todo fue a parar dentro de la olla. El agua empezó a hervir y a hervir y a hervir.

Pero el caminante miró la olla y dijo:

—Es que... para que de verdad verdad sea una sopa de piedra, la sopa necesita un trocito de... chorizo, y un trocito de... tocino.

Y aparecieron dos grandes trozos de chorizo y de tocino, y fueron a parar dentro de la olla.

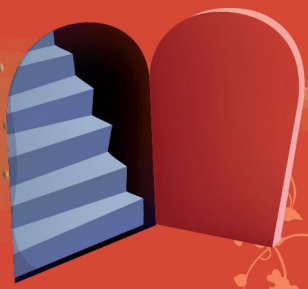
La sopa comenzó a oler y a oler y a oler. Y todos: el dueño, la dueña y los hijos dueñitos, desearon probarla.

En ese momento, el caminante sacó de su mochila un viejo plato, una vieja cuchara y un viejo pedazo de pan, agarró la olla cuidando no quemarse, la bajó del fuego, y cucharada a cucharada se tomó la sopa.

Cuando el caminante hubo terminado de tomarse la sopa, el dueño dijo:

—¿Y la piedra?

—¿La piedra? —repitió el caminante—. ¡La piedra se las dejo para la próxima sopa!



Se trata, en gran medida de cuentos orales vueltos a contar, primero de manera oral y ahora en este libro literariamente. De las series de este libro algunas las he inventado como tales, y para integrarlas he partido de cuentos orales ya existentes, como es el caso de la serie "Cuentos de sabios y elefantes". Varias de las narraciones son arquetipos que he construido, contado oralmente y reinventado a partir de una búsqueda exhaustiva y el conocimiento de hasta cinco versiones de un mismo cuento tomadas de la tradición oral de diferentes países.

ISBN 978-958-8785-82-0

Universidad de San Buenaventura Cali

EDITORIAL BONAVENTURIANA

editorialbonaventuriana @EditBonaventuri EditorialBonaventuriana editorial-bonaventuriana

www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co